

Historia y Trilce

La poesía lírica es o ha sido, por definición, un género *ahistórico*, en cuanto que se propone cantar y contar lo esencial humano duradero o repetido. Pero hay excepciones. Renacimiento, Góngora, alternancia en Quevedo y Lope de lo *existencial* puro con lo histórico *leído* líricamente. Por no hablar de la poesía inglesa o de Víctor Hugo, que tantas veces encuentran su musa en la Historia. Casi todo el Romanticismo es recreación de la Historia o, cuando menos, de la Leyenda. En nuestro siglo, la poesía se acrisola en lo *poético*, sin querer enterarse del mundo cotidiano. Pero esto sólo es una primera apreciación. Para desmentirla (y desmentirme), baste el verso de Apollinaire, que traduzco ahora por libre: «Ay, amada, el día en que un ferrocarril no te sorprenda». Las vanguardias, sí, cantaron la Historia presente, la que tenían en torno, como el Romanticismo cantó la Historia medieval. Pero, en todo caso, lo que caracteriza a la lírica, y más a la de nuestro siglo, es su ahistoricismo. Salvo la lectura lírica del pasado histórico que venimos gozando/padeciendo hoy (cuán largo hoy) por influencia, mayormente, de Cavafis, en quien la Yourcenar intuye la *coartada histórica* como recurso para no hablar de un presente inconfesable, y que sólo se confesará tardíamente.

César Vallejo, dentro de las vanguardias de entreguerras (la poesía por la poesía), es uno de los núcleos humanos más puros y sensibles, más espontáneos e infantiles, del lenguaje como juego y la vida como lenguaje: «la tierna carnicilla del deseo. Y dentro del ámbito/Vallejo, *Trilce* se diría su libro más entrañado en lo entrañable, más remitido a sí mismo y sus palabras, hechas y deshechas (hechas o deshechas). Sin embargo, sobre *Trilce* gravita la Historia, o cuando menos asoma. Siempre sorprende, grata o ingratamente, en un poeta lírico, una referencia temporal concreta, general, *periodística*. Sorprende mucho más en Vallejo. Y mucho más en *Trilce*, su libro/matriz, digamos. Bueno, pues *Trilce* abunda en referencias históricas.

Como uno ya no juega al aburrido, tedioso juego profesional de dejar la moraleja (estética, por supuesto) para el final, la voy a echar por delante: Vallejo está lleno de referencias históricas, que él utiliza poéticamente, por supuesto, pero que a su vez le remiten a un fondo de cultura y tiempo común que viene a desmentir su exclusivo y excluyente «indigenismo».

Así, en el poema IX del citado libro (único de que vamos a tratar): «...enveto bolivarianas fragosidades». Es el primer recurso a la Historia que encontramos en *Trilce*. Vallejo adjetiva la fragosidad mediante un nombre político. Algo nuevo ha amanecido en él. Uno diría que una doble conciencia: la conciencia histórica y la conciencia del valor *poético* de la historia, el recurso profesional a su utilización. Poema XII: «¿Qué dice ahora Newton?». La Historia o la Ciencia. C. V. está empezando a jugar con esos valores.

«...leí una noche, entre tus tiernos puntos, un cuento de Daudet» (poema XV). New-

ton, Daudet. Vallejo se va abriendo a la cultura europea (si el propio vanguardismo de este libro no fuese ya una apertura total). Comprendemos, entre paréntesis, que a C. V. le tenía que ir muy bien el tierno y hoy desvalorizado Alfonso Daudet. Poema XVI: «Avístate la verde bandera presidencial». Poema XIX: «A trastear, Hélpide dulce...» Aquí, C. V. juega con el mundo clásico, lo humoriza. Pero en el mismo poema: «Oh sangabriel...». La consecuencia obvia de todo esto sería que C. V., como todo gran poeta, tiene una óptica lírica del mundo y llega un momento en que *todo le vale*. Así es, pero nadie es «sublime sin interrupción», como quería Baudelaire, (ni siquiera Baudelaire lo fue), de modo que estas citas nos revelan un contacto del virginal C. V. con el mundo, con la Historia, con la cultura, contacto que corrige sensatamente el fiero indigenismo que se le ha atribuído, y que en los sucesivos y famosos libros políticos de C. V. tendría su desarrollo pleno y beligerante.

Poema XX. De nuevo, C. V. acude a la nomenclatura histórica para adjetivar nada menos que al hombre: «el hombre guillermosecundario». Y ya sabemos lo que significó Guillermo II en Europa. Mas no olvidemos nunca que estas referencias tienen una doble dirección: sitúan al lector en un momento histórico, cuando quizás anda perdido entre el puro telurismo vallejiano, pero, a la inversa, son referencias utilizadas poéticamente, potenciadas por el instinto lírico (y no periodístico) de C. V.

Poema XXII: «Don Juan Jacobo está en hacerlo». Por el contexto, parece indudable que se trata de Rousseau. Veamos cómo el indito peruano juega constantemente, en su libro más *maternizado*, con la cultura del mundo. No es el pastor poeta, ciertamente. Nadie es el pastor poeta. El pastor poeta, puesto a hacer versos, suele resultar cultista (Miguel Hernández). Poema XXIV: «transcurren dos marías llorando». ¿Son las Marías del Evangelio? Sin duda, porque cuatro versos más abajo se dice: «...la mano negativa de Pedro». Y se habla del domingo de Ramos y de los sepulcros removidos. C. V. no está con la religión ni contra ella. Está, como todo poeta, condenado a su entendimiento lírico del mundo (lo cual ha costado muchos disgustos a los poetas por parte de quienes no tienen ese entendimiento, o de quienes no tienen *entendimiento*).

Poema XXV: «Al rebufar el socaire de cada caravela (ortografía de C. V.) deshilada sin americanizar...». Aquí de la conquista. Aquí de un poema complicadamente indigenista. Pero es mucho más sorprendente el verso quinto del poema XXV: «...moribundas alejandrías». Alejandría, desde Cavafis, es la obsesión cosmopolita de los poetas postnovísimos / postmodernos. Todavía en el penúltimo verso de este poema volvemos a encontrar la «moribunda alejandría».

El poeta «indigenista» (y a mucha honra, por decirlo pronto y bien), experimenta ya el tirón de las viejas culturas preindoeuropeas. Está claro que Alejandría (aunque la nombre con minúscula) es para él un enigma fascinante, como lo sigue siendo incluso para los especialistas en el tema. El poeta indigenista se deja llevar en su libro por el magnetismo poético de lo lejano. Lo dijo Heidegger: «El hombre es un ser de lejanías».

Poema XXXI: «Cristiano espero». C. V. acabaría en comunista, como sabemos y le correspondía, pero su origen (se le ha dicho —tópico— hijo de un misionero español) cultural, o uno de sus orígenes, salta en este verso. Poema XXXIII: «la fibra védica, la lana védica». ¿Y cómo no va a tener presente César Vallejo a los vedas? Poema XXXIV: «¿Por ahí estás, Venus de Milo?». De Trilce suelen citarse (la gente vive de citas) los

poemas mayormente maternos, infantiles, naturales, vueltos sobre lo genital y lo telúrico con un balbuceo singular que nadie ha sabido nunca si es lenguaje de niño o audacia de vanguardista (probablemente, las dos cosas). Pero las citas que venimos recogiendo nos revelan que el poeta de *Trilce* es ya un poeta europeo, un poeta que implanta su americanismo en París, o lo va a implantar. Un hombre que ha entrado en el torrente general de la cultura.

El milagro vallejianco, pues, está en haber conservado el acento párvulo incluso en sus poemas más beligerantes. Y el milagro concreto de este aspecto parcial de *Trilce* que venimos glosando, en haber integrado en su escritura *niña* los grandes mitos de la cultura y la Historia, sin mayor colisión. Don del poeta es decir poéticamente la prosa de la vida o de la Historia.

En el poema XLVIII, «69 veces púnicas». Evidentemente, C. V. está enterado de todo. Por supuesto, nos da la lección de cómo un poeta se apropia la Historia sin que se le encenice de erudición, pero nos permite rastrear, asimismo (si todo Vallejo no estuviera ya tan rastreado), su creciente formación universal, el paso del *indigenismo indígena* (que me gustaría decir) al indigenismo como reserva espiritual y estética interior, como manadero para seguir escribiendo y como óptica personal que aplicar al mundo. En el poema L: «el viejo inminente, pitagórico!». Bolívar, Tántalo, Pitágoras. Nombres que hemos recogido o no en esta cosecha de urgencia. Nombres que van destiñendo ya, sobre el niño peruano eterno, el aguafuerte de la Historia y el Mito. A medida que avanzamos en *Trilce*, como en toda la obra de C. V., el poeta se nos va convirtiendo en rehén de la cultura, sin por eso perder la sabia inocencia verbal (y quizá tampoco la otra).

Poema LV: «Samain diría el aire es quieto y de una contenida tristeza». Con esto llegamos a un punto delicado: la literatura de la literatura, vicio y antropofagia que devoran Europa. Samain, un maestro menor, resuena en Vallejo, un genio mayor. Luego Vallejo está abierto al mundo, lo capta todo, lo gusta todo. Del universalismo cultural pasaría al universalismo social, político. El encuentro Vallejo/Samain, en este verso, es emocionante como el abrazo de la Europa decaída con la América desvalida. Aquí consume Vallejo, sin saberlo, su *corrupción* europea. Se abraza a Samain como a una puta del bajo París.

Es quizá la última cita *culta* del libro. Pero no supone, como hemos sugerido, la entrega del indito peruano a un poeta europeo, decadente y mediocre. Vallejo puede salir inmune de estos abrazos, estas entregas y estas citas. Es incitante, para el estudioso, perseguir el lento entrecruzamiento del *nativismo* vallejianco con la Historia del mundo, ese galeón varado que sigue girando con la tierra. Pero es reveladora, sobre todo, la incorruptibilidad del genio, que puede andar entre los peores sin perder la virginidad idiomática que le constituye. El ángel sólo se aparece por contraste con el mundo. Vallejo, contra el fondo de la Historia (y esto se acentuaría, como sabemos, en libros últimos y penúltimos), queda más angelical que nunca. Más Vallejo que nunca.

Francisco Umbral